

La llama devastadora de los roces ha ido devorando poco a poco el muro maravilloso de las selvas australes. Robles y laureles, lingues y raulíes há tiempo que se desplomaron ruidosamente, mordidos por el hacha. Há tiempo que la sierra silbadora se hundió en sus carnes olorosas y un río de tablas de oro, sobre el lomo de pequeñas carretas, cruzó los caminos rojos, abiertos por el hombre, en dirección a los ríos, los caminos de plata que forjó la naturaleza.

Los abruptos repechos, las quebradas inaccesibles, el áspero declive de las faldas cordilleranas aún se encrespan con la ágil plenitud de los pellines, el esbelto fuste de los raulíes y la serena blancura de los muermos amados de las abejas. Con ellos se ha retirado también el chucao, porque sólo al amparo de sus follajes (es selva hecha pájaro) puede vivir y soltar sin recelos su agreste puñado de alegría.

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

MARIANO LATORRE

LAS GUALAS

No son los cuervos de estúpida cabeza los que decoran los peñascos de la orilla con su negra silueta desgarbada; o vuelan durante el día entero de uno a otro extremo del lago en sus correrías de pesca. Ni el estrépito de alas de los patos silvestres en los pajonales, ni los milicos alineados como una escuadra de reclutas en los remansos; ni las gaviotas del mar que, en largo peregrinaje, suelen llegar hasta las aguas azules que engasta la orla negra de la selva virgen. No, ni cuervos, ni patos, ni milicos, ni gaviotas tienen la peculiaridad de las gualas esquivas que viven sobre el espejo dormido del Rupanco, donde las nubes tejen sus cambiantes arabescos de luz y sombra.

Como un lunar en la serenidad de un rostro, destacan su óvalo oscuro en el espejo del lago, desapareciendo en rápida zabullida si la sardina vivaracha interrumpe, con imperceptible burbujeo, el letargo transparente de las aguas.

Es fea y deforme como el labrado tronco de un indio y como su hermana la tagüita de los totorales; sólo tiene sobre el lomo dos muñones que semejan las aletas de un pez; pero es la nota de la tierra que persiste a la quema de la selva.

va y a la invasión del blanco cada vez más destructora. Es una supervivencia de la vida salvaje de la naturaleza, cuando los robles crecían sin que la mano del mapuche interrumpiese su desarrollo, arpas donde cantaba el viento virgen de las primeras edades.

Selvas enteras han caído al golpe del hacha y al mordisco de la llama. El lago ha visto desguarnecerse su grandioso engaste de pellines y laureles, müermos y lingues. Caminos polvorientos donde chirrían tarde y mañana las carretas cargadas de rojos pellines y olorosos laureles, bordean sus márgenes solitarias en las que el agua, ya mansa o alborotada, no interrumpe su rumoroso estribillo de siglos.

En las horas del mediodía, horas de oro vibrante y luminoso, cuando el agua se empapa de tal modo del azul del cielo que parece otro firmamento inmovilizado entre montañas negras, no se oye a las gualas de largo cuello y cuerpo deforme. Es en la tarde arrebolada, (el lago es entonces una lámina de plateado pulimento) cuando se escucha su largo gemido que llena el paisaje entero con su queja resignada. Da la impresión agreste de un muchachito indio que llorase en su ruca, en medio de la selva, sin que nadie acuda a consolar su soledad. Es en la clara noche estrellante (el lago es entonces un terciopelo sombrío salpicado de notas plateadas), cuando su quejumbre desgarrar el alma y la angustia, como el dolor sin consuelo de la muerte.

¿Es que las gualas lamentan su perdida soledad o lloran la ignorada tragedia de sus alitas que nunca sintieron el libre estremecimiento del vuelo? ¿Es que gimen su desgracia, en los rojos arreboles o en las noches argentadas, esclavas del agua para siempre, mientras ven pasar, en el claro cielo del sur, el negro pestaño de los cuervos y el vuelo blanco de las nubes viajeras?

MARIANO LATORRE